

Canciones

Preferiría hablar de los conciertos que están por llegar. Es extraño pensar el lunes en el concierto del sábado, al que decidí ir en el último momento, cuando parecía que era demasiado tarde, para acabar dando vueltas antes de entrar en el teatro. Gijón es para mí una ciudad increíblemente lejana. Una ciudad de la que sólo recuerdo la noche. Y por tanto, una ciudad que, cuando la cruzo, tranquilo entre los desconocidos, me devuelve siempre las fiestas y nunca las mañanas, solo ante el espejo del ascensor, mirándome los pies en el felpudo. Tal vez sea eso la memoria, un embaucador que te enseña tus victorias alineadas en su mano abierta mientras cierra la otra y la esconde detrás de su espalda. Recordar es elegir una mentira. Para descubrir la verdad hay que mirar hacia delante. Pero eso no es posible ahora, no porque el futuro sea un escaparate vacío, un local que muy pronto será una tienda, donde las perchas esperan amontonadas junto a la pizarra en la que apenas se puede leer ya el menú del último día, sino porque no es eso lo que me pidieron. Esta tarde, me llamaron y me dijeron: Habla del concierto de Nacho Vegas, del concierto del sábado, y yo, que estaba jugando con el Ajax un partido vital para colarme en los puestos europeos, le dije a mi hermana: Tengo que escribirlo hoy, y, mientras lo decía, Cannavaro, uno de mis fichajes de invierno, se tiraba en plancha y metía sin oposición el balón en mi propia portería. Un remate limpio. Un cuchillo que entra lentamente en la nieve.

El sábado, a eso de las siete, mi padre dijo: Ya sabía yo que lo ibas a perder. Asentí, me subí al coche. Cambié la cinta, bajé un poco la ventana. La vista en el parabrisas. Durante el viaje, ninguno de los dos dijo nada. Las luces de los autocares se encienden porque alguien necesita irse o porque alguien necesita volver. Y yo sólo puedo mirarlas. Mi padre dijo: A la puerta de casa. De la que me bajaba, dije: Gracias. Luego torcí a la derecha. Me imagino que mi padre siguió de frente, recto, hasta el final de la calle.

En el teatro, no encontré mi asiento. Le pedí ayuda a una rubia que estaba al lado del pasillo. Dijo: Ésta es la 15. Y, por detrás, alguien dijo: Ésta, la 16. Normalmente, ya suelo tener bastantes dificultades por mí mismo, así que al oírlas, me quedé esperando, quieto, sin dejar de sonreír. Al final resultó que la que se había confundido era la rubia y no yo. Y eso, que tan bien debería haberme sentado, fue la hoja que cortó las amarras. El que está fuera de su sitio, se asusta cuando encuentra su lugar.

Y todo esto para llegar hasta aquí.

Los instrumentos de la banda eran de algún modo, el comienzo de una promesa. La mejor parte, la que despliega los mapas para intentar dejar atrás el rencor. Y yo me pregunté qué hacían, de qué hablaban mientras Nacho cantaba. Dónde te pones, en qué punto fijas la vista, hasta que se cumple o no se cumple lo que en su momento prometiste. La primera canción fue *La canción del extraño*, de Leonard Cohen. Una canción es siempre la radiografía del que la escucha y no del que la compone. Una versión, al igual que una traducción, no es una reproducción sino una transformación, no el paso de un idioma a otro, de una voz a otra, sino la forma en que algo ajeno se transforma en algo propio. Quien toca una versión no traslada una caja de una frontera a otra, en cuyo caso simplemente cambiarían las manos por las que fuese pasando, sino que se adueña del objeto, entra en el objeto y a su vez el objeto entra en él, la canción vuelve a nacer y de ese modo es lo que había dentro de la caja lo que cambia durante el camino. Veo de repente los múltiples lados de una misma palabra, los diferentes espejos en los que te permite mirarte según lo que necesites ver reflejado. *Tocar*, en este contexto, sólo tiene un significado. Sin embargo, me doy cuenta de que eso fue algo que siempre se

desprendió de las actuaciones de Nacho: la necesidad de tocar. O ser tocado. Cuando uno le ve actuar, siempre se pregunta a quién le está hablando, qué cuenta trata de saldar, no tanto qué pretende conseguir como de qué se intenta deshacer. Eso fue siempre así. Pero este sábado las sensaciones se cruzaron, se multiplicaron. La intensidad, la elección de los temas, el orden, las alteraciones, me hicieron preguntarme si Nacho daba las gracias o pedía perdón, si aquello era un reencuentro o una despedida, si el escenario era un estímulo o un condicionante. Un horario de trenes me llevó a Cohen y también a Carver y por supuesto a Chèjov. Nacho me abrió su álbum y en él fueron apareciendo las fotos del resto de mi familia. Por eso su trabajo me parece imprescindible. Sus letras hablan del amor, la culpa, el dolor, la sed, la intimidad, el golpe, la caricia, la soledad, el terror, la espera, el frío, la humedad, la calma, la evasión y la oscuridad. Con ellas, no se cierra ninguna de mis brechas, pero al menos encuentro otras del mismo tamaño, igual de profundas. Nacho está en sus canciones y en Nacho están Bob Dylan y Russell Banks y Nick Drake y Charles Bukowski y Carson McCullers y Nick Cave y Serge Gainsbourg y Johny Cash y Wil Oldham y Herman Melville y Townes Van Zandt. Y muchos más, pero lo que ahora quiero decir es que, fuera, en la estación de Lugones, hace ahora algo más de dos años, estaba yo, escuchando por primera vez el disco que me había dejado Marta, volviendo a la segunda canción y entrando luego en la cuarta, de la que nunca pude salir. A fin de cuentas, eso es lo que hace una canción: alejarte y acercarte al mismo tiempo. Una canción es algo externo que se vuelve interno y, desde dentro, te empuja, te acompaña. Una canción no es una esperanza. Eso no existe. Pero es lo más parecido.

Quisiera decir qué canción vino después, pero mi memoria no es precisamente un aliado, alguien en quien se pueda confiar. Los aplausos me traían de algún rincón intermedio, y entonces aplaudía también, con esa mezcla de vergüenza y desconcierto que sientes cuando llegas tarde y empiezas a imitar a todo el mundo, asintiendo, sin demasiada convicción. Me juré esforzarme durante el tema siguiente. Naturalmente, fracasé. Eliges lo que miras, no eliges lo que ves. Ni siquiera lo que oyes. La cabeza manda. Se desliga, toma los desvíos que más le apetece tomar. Y tú debes conformarte con soltar el volante y abrocharte el cinturón.

Las Esferas salieron y le rodearon, le arrojaron. Se dejaron ir, uno solo, en una sola dirección. Eran el río y los hombres arrastrados por el río. No podría comparar este concierto con los anteriores. Ninguna comparación sirve de nada. Y mucho menos cuando son dos cosas distintas las que se comparan. Uno siempre es diferente. También son otras las canciones.

Un desafío. Eso fue lo que me encontré. La condensación, las rupturas, la actitud, el riesgo. Tenían donde elegir. Suyas son algunas de las canciones más importantes de los últimos años. Y eligieron el estropajo. Porque, aunque al frotar los colores se vayan junto con la piel levantada, queda siempre en los dedos el olor de la pintura. Un espectáculo. Interpretar es representar, pero también ejecutar. Y eso es lo que hicieron el sábado: acabar con las canciones de antes, y crear otras nuevas a través de la violencia, la única posibilidad cuando crece el desgarró y la cuerda se convierte en un ocho donde no siempre caben dos cabezas, pero sí los puños y por supuesto las muñecas. Canciones, maltratadas, estiradas y deformadas, sacudiéndote, removiéndote. Apostaron por la crudeza, porque un saliente puede ser un asidero pero también un filo. Es bueno perseguir la pureza. Ése tendría que ser el único fin. Para que sólo se aferren a los bordes quienes de verdad lo necesiten. El ruido también es un acto moral.

Xel Pereda grabó el concierto en audio y Ramón Lluís Bande en vídeo. Me pregunté si, sobre el escenario, en algún momento se acordaron de eso. O si en algún momento consiguieron olvidarlo. No mirar a la cámara es también mirar a la cámara. Siempre tiendo a desconfiar de lo que está hecho para

permanecer. De la casualidad y no de la intención. De ahí se obtiene casi siempre lo verdadero, lo que los demás hacen que perdure. Esto es algo que me pregunto con todos los discos en directo. Pero, de todas formas, la propuesta del sábado fue realmente arriesgada. La timidez del exhibicionista dio paso a una nueva solidez, una convincente soltura con la que Nacho pareció sacrificarse, retirarse, unirse a los miembros de la banda, para que las canciones se convirtiesen en los auténticos protagonistas. Igual que alguien borra las marcas de las cartas para ser honesto con el juego que practica.

Nacho, en los bises, volvió con gafas y un cuaderno. Durante *La canción de la duermevela* pensé en alguien que intenta desatarse con los dientes. Ésta, junto con la versión de Cohen, *Stanislavsky*, *El ángel Simón*, y *El jardín de la duermevela*, trajo consigo el vértigo y con el vértigo, la emoción. Así comprendí que hay canciones que pueden rescatarte de la isla para hablarte de los tiburones, ayudarte a subir por la misma cuerda con la que te amarrarán en la bodega. Hace unos años, en Madrid, Nick Cave apareció con unos cuantos papeles y un entusiasmo envidiable. Más tarde, cuando vimos que no se sabía la letra, las risas siguieron al asombro y a mí me sorprendió la facilidad con que se lo perdonamos todo a los que sabemos más grandes. Una cosa siempre trae otra. Eso está claro. El sábado, en medio de *La sed Mortal*, algunos empezaron a aplaudir antes de tiempo, y yo recordé lo que había pasado durante esa misma gira, también en Madrid, cuando Nacho dijo: "Os agradezco vuestros aplausos, pero habéis cometido un error imperdonable". Después, él y la banda se fueron. Y sólo volvieron para terminar la canción. Pero esta vez Nacho les detuvo, de la misma forma que el padre manda callar al hijo en la sala de espera de un hospital, no para poner fin al alboroto sino para evitar un castigo peor. Nacho les advirtió del error que habían estado a punto de cometer. Y luego estuvieron a punto de volver a cometerlo.

Por momentos, su voz fue la de alguien que grita bajo una cascada. Alguien a quien no le importa lo que los demás vayan a escuchar sino lo que él necesita decir. Un fondo naranja, azul, gris. Las sombras son siempre más largas, tocan primero los techos. Nacho encadenó varios comentarios teñidos de una ironía ya presente en sus últimos trabajos y se embarcó en un monólogo tan sorprendente como delirante, con el que todos rieron. Ésa debe de ser una manera de distanciarse, derribar el muro, salir de la armadura que le han intentado colocar quienes se empeñan en confundir al autor con sus personajes.

Estos son algunos de los cambios: el perro que fue un estornino es ahora un niño perdido. Seguro que hubo más, pero ahora sólo recuerdo uno, el principal, el que estaba más cerca: *porque ya no soy yo* pasó a ser *porque yo sólo soy yo*. Ése es el cambio que hablaba de nosotros, de mi mujer y de mí, el que se arrimó a estas palabras que resistieron en mi lengua hasta que conseguí anotarlas en el cuarto de baño:

En mis brazos desapareciste igual que una sombra se pierde al entrar en otra sombra mayor.

Recuérdame así.

Mantén vivas las flores de la carretera.

Cualquier sombra te dará más de lo que pueda ofrecerte su dueño.

Salí del teatro igual que alguien que se despierta en un tren, muy lejos de su estación. Alguien que preferiría seguir durmiendo, aunque le costase más caro el billete y quedasen atrás todos los

suyos. Un concierto es una trinchera, el caparazón bajo el que el tiempo se detiene. Al abrochar mi cazadora, me acordé de aquellos pájaros del cuento, los que anidan en los aleros de las casas en las que vivieron mientras fueron niños, los que algunas noches chocan contra la ventana de lo que en otro tiempo fue su habitación. De esa ciudad, también recuerdo la playa. Ya sé que no todas las playas son iguales, pero no hay ninguna que me guste. Además, mi toalla es siempre la misma y también el miedo es el mismo cuando cierro los ojos. Yo, que puedo dormirme en cualquier parte, a cualquier hora, en cualquier compañía y en cualquier posición, soy incapaz de hacerlo en una playa. No sé por qué. No tengo ni idea. Y eso fue todo. Una vez más, el cristal tras el que retraso continuamente mi reloj me separó de lo que más falta me hacía. Lo que temía que pudiese pasar, terminó pasando. Tendría que renegar definitivamente de la memoria, decirme que, lo que esconde el puño, tapa las líneas de la mano. Escogí las calles más estrechas, saqué el horario de mi cartera y me fui a buscar a mi mujer. Ella tenía un dedal para mí y yo tenía una bellota para ella. Quería decirle que yo también mediría su cuerpo con mis pies, que nadie debería montar guardia ante su puerta, que el lobo se enfrentaría muy pronto a los piratas.

Chus Fernández